



PRIMERA EDICION.

DOS REALES
al recibir el número.

AÑO II.

DIRECTOR

ENRIQUE RODRIGUEZ-SOLÍS,

CON LA COLABORACION

DE LOS PUBLICISTAS MÁS DISTINGUIDOS DEL PARTIDO.

Administracion: Tabernillas, 8.—Madrid.

SEGUNDA EDICION.

UN REAL
al recibir el número.

NÚM. 20.

SUMARIO.

TEXTO.—Los fueros vascongados, por E. Rodríguez-Solís.—El municipio, por P. Pinedo y Vega.—Los esclavos blancos, por Angel Ganayo.—Credo, por Constantino Lombart.—Apuntes históricos sobre las Siete Partidas de D. Alfonso el Sabio, por Juan de D. Sotier.—Descripción de la cueva de San Juan, y estudios sobre las costumbres de los pueblos montañoses, por José A. García.—Las monarquías de derecho divino, por Remigio Vega Armentero.—Publicaciones, por Liso.—Los andrajosos de Londres, por J. A. A.—Malaga.—Revista general, por E. Rodríguez-Solís.—París es América.
GRABADOS.—La pastura (tipo aragonés).—Los andrajosos de Londres (las abandonadas).—Vista de Malaga.

LOS FUEROS VASCONGADOS.

II.

La guerra civil.

Nos hallamos en plena guerra civil. Las desgarradoras escenas, las sangrientas represalias, las asoladoras luchas, el odio entre hermanos, el asesinato erigido en sistema, la guerra convertida en suprema ley; todo esto que aun el pueblo español recuerda horrorizado, y que la historia consigna en la llamada *Guerra de los siete años*, todo eso ha comenzado ya a ponerse en práctica; todo eso, acontece ya como cosa natural y corriente, todo eso aparece hoy como un fantasma aterrador, como un extraño gigante que amenaza destruir á nuestra patria entre sus brazos de hierro.

¡Quién no recuerda aun con pena y dolor las sangrientas escenas de la pasada guerra civil!

¡Quién no ve con espanto y temor reproducirse aquellos hechos sangrientos, aquellas hecatombes terribles!

Entonces, la agricultura perdida al golpe de los cascos de los caballos; la industria agonizante y el comercio nulo, acusaban un estado tal de perturbacion, de terror y de anarquía, que iba consumiendo lentamente las fuerzas todas del país; España era entonces el tísico á quien devora la calentura, y que vive muriendo, porque su mal es incurable.

¡Y por qué tan horrible lucha; por qué tanta sangre derramada; por qué tanta madre sin hijo, tanta esposa sin marido y tanta mujer abandonada; por qué tanta perturbacion, tanta desgracia y tanta ruina?

Por una soberbia miserable, por una ambición indigna, por una lucha horrorosa entre dos *dandidos* con corona, entre Isabel y Carlos de Borbon.

Y estos reos de lesa humanidad han tenido y aun tienen partidarios; y los vascos-navarros defienden aun la causa del carlismo, sin comprender que esa causa los arruina, los perturba y empobrece; y los vascos-navarros, que á la sombra de sus venerandos fueros eran la parte del país más tranquila, más rica y productiva, se lanzan hoy á temerarias empresas en favor de una causa que, fuera de estas provincias, apenas tiene partidarios, sin pensar que semejante conducta puede hacerles per-

der lo que ellos justamente miran como su timbre más preciado y glorioso, los FUEROS.

¡Sí, vasco-navarros! tenedlo muy presente: si vosotros, por satisfacer la indigna y miserable ambición del titulado *Cárlos VII*, os lanzáis a la guerra y perturbáis y empobreceis al país, pensad con calma á lo que os exponeis; pensad que si salís, como saldréis vencidos, las otras provincias, que todas han gozado *fueros*, y que al vérselos arrebatados nada habeis hecho para defenderlas, hoy, al veros vencidos, al contemplaros humillados, pedirán al gobierno que os arrebatase ese privilegio inícuo, ese privilegio odioso de que vosotros gozáis, y á cuya sombra os lanzáis á defender la tiranía y el despotismo que, no sobre vosotros, que os resguardaís detrás del *fuerro*, sino sobre las otras provincias, debe pesar.

¡Cómo! os lanzáis á la lucha, tratáis de reproducir las sangrientas escenas de la guerra civil, queis veros deshonrados, empobrecidos y quizás sin *fueros*, desiertos vuestros puertos, perdidas vuestras libertades, desolado vuestro rico suelo, y todo por defender á un REY TIRANO que, más pronto ó más tarde, os haría sentir su tiranía y os arrebataría vuestros FUEROS el día en que le conviniera, como sus antecesores se los arrebataron á las otras provincias vuestras hermanas (Castilla, Valencia y Mallorca, Aragón y Cataluña). SOIS CIEGOS Y NO VEIS; *sois ciegos que vais conducidos por otro ciego, Cárlos VII, y él y vosotros os hundiréis en el abismo, empujados por la fuerte mano de toda España.*

¡Vasco-navarros, escuchad la voz de la lealtad y la voz de la justicia!

Jamás triunfan los pueblos cuando por ambiciones miserables de reyes déspotas, de reyes tiranos y de bandidos con corona se lanzan á una lucha fratricida, convierten en yermos los floridos campos de la patria y llenan de luto á las desoladas madres y á las infelices esposas.

¡Vasco-navarros! El triunfo de los pueblos es SEGURO, INDISCUTIBLE, INEVITABLE cuando luchan por sus libertades, cuando combaten por la *justicia*, por la *fraternidad* y el *derecho*.

¡Vasco-navarros! Vosotros no sois carlistas; vosotros no defendéis ni amais la persona de D. Carlos, seamos francos y leales; vosotros amais la pureza de vuestros *fueros*, y sabed que no la monarquía con su centralización absorbente y con sus leyes tiránicas puede conservároslos, no, sino la *República democrática federal*, que no solo os los garantiza, sino que os los *complementa*, y que, al devolverlos á todas las demás provincias, es la mejor garantía que puede daros, porque vuestros *fueros* son INDESTRUCTIBLES desde el instante en que todas las provincias los poseen, y está en interés de todos el defenderlos y conservarlos; mientras que, si vosotros únicamente los disfrutáis, las cuarenta y seis provincias españolas irán en vuestra contra, y llegará un día, quizás no lejano, en que desaparezcán vuestros hoy *irrisitantes* privilegios.

¡Vasco-navarros! Nada de guerra civil; nada de *lucha fratricida*; nada de destrucción y ruina; nada de reyes tiranos que gobiernan á su capricho y pasan por cima de las leyes cuando á sus fines conviene.

¡Vasco-navarros! Dejaos de esa *lucha rastroera* y marchad con vuestros hermanos todos á combatir por la

verdadera *revolucion*, por la *República democrática federal*, conjunto de *Estados libres y autónomos*, y que os garantiza vuestros *fueros*, igualmente que á todas las demás provincias hermanas!

¡Vasco navarros! A la *revolucion* en demanda de *justicia*, en defensa del *derecho*, en defensa, sobre todo, de vuestros venerandos FUEROS.

La guerra civil os empobrece y os deshonra; el triunfo *imposible* de D. Carlos sería la muerte de vuestros *fueros*, que caerían ahogados por la mano de hierro de la tiranía ó al empuje de España toda.

¡Vasco-navarros! A la *revolucion* por la República democrática federal, *única* que os garantiza y os *complementa* vuestros sagrados *fueros*, con todas las libertades de que tan dignos y merecedores os habeis mostrado.

Elegid: ó con D. Carlos, la guerra civil y la pérdida de vuestros *fueros*, ó con la República las libertades todas y la seguridad de vuestros *fueros*: elegid pronto; elegid hoy, porque mañana, ¡quién sabe si mañana será quizás demasiado tarde!

E. RODRIGUEZ-SOLÍS

(Se concluirá)

EL MUNICIPIO.

(Continuación.)

Difícil es juzgar, á la distancia de tres siglos y medio, el pensamiento interno que prevalecía en la *Confederación* de las municipalidades reunidas para atemperar la conducta de los reyes y los nobles á los principios fundamentales de la personalidad humana; pero si hemos de deducir doctrina de las bases que formaron la *liga* y el espíritu generoso con que defendieron el último baluarte de libertad que, después de continuos embates, se ofrecía á las *comunidades*, no es aventurado consignar que el mandato de los procuradores, fielmente cumplido en las Cortes y extensamente ampliado á medida que la sávia del progreso hubiera empujado el gérmen de ideas que aparecía en sus peticiones, presentara hoy una suma de conquistas políticas y un estado social que sirviera de modelo á pueblos que, menos castigados por el despotismo, ó más cuidadosos de la dignidad y honra de su historia, conservan incólumes las copias que vuestras Constituciones de Aragón y Castilla les dió.

Nada nuevo enseñarían á España la declaración de los derechos del hombre, proclamados á fines del siglo pasado en la vecina Francia; ni la carta magna de *Juan Sin Tierra*, de que se consideran orgullosos los ingleses, hubiera ofrecido á los políticos españoles más avanzados frecuentes citas antes que la *revolucion* de Setiembre imprimiera en el tit. I principios constitucionales que nuestros abuelos remotísimos disfrutaron con perfecta tranquilidad y defendieron con sus pechos por escudo. La *Commune* de París, tan inconscientemente calumniada, hubiera presentado al juicio de los españoles la aspiración de un pueblo que pretendía con un esfuerzo generoso nivelar sus instituciones, con las que regirían los municipios castellanos, aragoneses y catalanes en más felices tiempos.

En efecto, ¿qué proclamó *La Commune* que no se encuentre expreso en su generalidad y tácito en la manera de ser de cada concejo ó municipio?

La *confederation* ó hermandad de los concejos respondía á un pensamiento previsor, á una triste experiencia de que los privilegiados, los reyes y los nobles se oponían al desarrollo de los intereses morales y materiales. Poco trascurso de tiempo era necesario para que esta idea de oposición se convirtiera en profunda animadversión contra el privilegio disfrutado en la impunidad de un absurdo inviolable é irresponsable, y, en este caso, la dignidad real, invasora siempre que se trata de acrecentar su absoluta y omnimoda autoridad, pertenecería en este clásico suelo de expansión y libertad á la historia, dejando paso franco y desembarazado á la República federal, planteada de hecho y de derecho y practicada con gran contentamiento y beneficioso resultado en aquellos tiempos.

Fernando III resolvió también en su época otro principio que *La Commune* de París consagró, otorgando á los pueblos la facultad de elegir sus magistrados, y no había mejora que estimaran los pueblos como necesaria que no se originara de la iniciativa de la localidad á que fuera provechosa, sin que esta excentralización calificada hoy de desbarajuste y de desmembración nacional, rompiera la unidad patria ni menos impidiera que ante el peligro común y la salud general formaran el lazo de unión cortado como Alejandro por la espada, ya que el génio de Carlos V no encontró medio de desastarle.

Las páginas de la historia, que para los espíritus inclinados al bienestar de la humanidad no son vano pasatiempo ni hechos perdidos entre el polvo de los siglos, han despertado la atención de la generación presente, presentándola una enseñanza que, si algún día fué frívola y de mero adorno, forma el fundamento de los problemas que vienen á iniciar el levantamiento del edificio anticipadamente en vías de construcción por nuestros antepasados.

Los partidos doctrinarios no han podido sustraerse á la imposición que el progreso ejerce sobre el raciocinio más refractario, y afectando dejarse conducir por los impulsos revolucionarios, han dotado en los últimos tiempos á los ayuntamientos de una sombra de libertad, que recuerda en algún tanto lo que fueron los municipios, y hace concebir la esperanza de lo que serán en lo futuro.

Efectivamente, el municipio llamado á realizar las grandes mejoras que desde el siglo pasado surgen en la inteligencia, y aparecen como síntoma de una enfermedad que es urgente curar, merece el estudio del hombre pensador que se propone redimir á sus semejantes de la injusticia, protervo engendro que seca la savia de los pueblos y produce el pernicioso acabamiento de la virtud.

El municipio, intérprete de los sentimientos que se exteriorizan en el sufragio universal y se manifiestan en la constante actividad de las humanas aptitudes, tiene la misión de combatir enérgicamente el privilegio que explota y monopoliza, promoviendo el sentido moral perdido en estos tiempos de vergonzoso egoísmo y estableciendo la justicia, degenerada hoy por las falsas y viciosas deducciones de espíritus mezquinos y degra-

dados. Para que la justicia sea igualmente distribuida, preciso es que no la estimemos en la estrechez de manifestaciones que exige la desigualdad más desastrosa. Reducirla á un círculo más ó menos limitado, como si fuera susceptible de encogimiento, es apreciar la justicia reservada á determinados seres que se nutren de su savia, y olvidar que la humanidad toda vive y se cobija bajo su manto para huir de la muerte.

Inclinadas las naciones y los hombres á asegurar los intereses materiales que son el sustentáculo de todo desarrollo eficaz, los municipios, el día que reintegren su perfecta existencia, tienen el deber de que esta base de legítimo desenvolvimiento se produzca con idéntica igualdad de condiciones, en armonía con la semejanza de vida reclamada por los seres. Los antiguos *Concejos* han dejado sentada la doctrina de que cada localidad vivía de su propia savia, sin convertirse en vampiros que chupan la sangre de los demás. Los municipios procuraban obtener del Soberano los fueros ó leyes acomodadas á la mejora de sus intereses. Pues bien, los municipios son trasuntos de la vida individual; así como necesitaban completa libertad para desarrollarse y prosperar, el individuo requiere desembarazo en su actividad; pero los municipios libres y ampliamente desembarazados ningún beneficio hubieran obtenido si las leyes referentes á lo material les impidieran ejecutar cuanto convenía al bienestar de la localidad.

Representantes de los intereses generales, faltarán á esta cualidad esencial si, desatendiendo la justicia y subordinándola á las leyes de conveniencia establecidas en favor de los privilegiados hoy, limitan las funciones que, poderes centralizadores y absorbentes, consiguieron plantear. No; los municipios, sin robar la más mínima función á la personalidad, son el mandatario encargado de facilitar los medios morales y materiales á los mandantes, ofreciendo alimento inteligente y condiciones que le hagan agradable la vida.

Concentrado el espíritu progresivo y civilizador en los municipios, necesario es que comprendan que toda actividad que acuse favorable desarrollo depende, no tanto de su intervención, sino en más alto grado de la constitución justa de los elementos que cada ciudadano encuentre como sustentación de su inteligencia y trabajo.

La emulación ofrecería ancho campo á los grandes pensamientos. Municipio habría que, estimando propio de la justicia y de la conveniencia dotar á su localidad de extensos medios de producción, introduciría en todos los ramos las mejoras útiles, que servirían para provocar la imitación de los demás. Los mercados y las ferias que algunos concejos antiguos promovieron, dieron ocasión á multitud de leyes que aparecen en los cuadernos de los fueros, dirigidas á atraer y reunir el mayor número de transacciones, que dejaban á la localidad grandes provechos. Hasta el castigo de los delitos se utilizaba en pró de los intereses de localidad, observándose en el fuero de Cuenca, por ejemplo, la bárbara pena de enterrar debajo de la víctima al reo de homicidio cometido en tiempo de feria.

P. PINEDO Y VERA.

(Se continuará.)

LOS ESCLAVOS BLANCOS.

Triste, bien triste es la misera condicion del desventurado africano, á quien un buque europeo, emblema de la civilizacion y la cultura, arranca para siempre del muelle lecho de menuda arena de sus pintorescos oasis, para arrojar despues en un mercado público, y facturarles y venderles regateando sus condiciones físicas, como la más grosera é inmaterial de las mercancías.

Pero aun es más dolorosa y humillante la esclavitud social del hombre blanco, del artista, del obrero, que día tras día, año tras año, ve languidecer los más floridos de su existencia en los insalubres recintos de un taller, bajo el yugo y la intolerante imposicion de un trabajo rudo, mal recompensado y en constante y criminal desproporcion con sus propias fuerzas.

Este es el verdadero *esclavo blanco*, marcado desde la cuna por el símbolo de una creencia, cuando aun su razon y su inteligencia no se han desvuelto para descifrarla y comprenderla lo bastante.

Este es el esclavo blanco, que, condenado desde que sus débiles fuerzas le permiten manejar y sostener una herramienta á ganarse un duro pedazo de pan con el sudor de su frente, ve pasar infecundas sus dolencias y su virilidad, y cuando las enfermedades ó la senectud no le permiten ser activo y laborioso, entonces el inhumano lecho de un hospital ó el patio de un asilo acaban con su enfermedad y desventurada existencia.

Todo lo produce y á todas partes lleva el poderoso influjo de sus obras; es el artista que crea é inmortaliza, y el mecánico que dicta leyes á la naturaleza, comprimiéndola, sujetándola y haciéndola operar reglamentada y sistematizada bajo todas las multiformes y caprichosas manifestaciones de su ingenio y su trabajo; pero en equilibrio de sus eternos esfuerzos, en remuneracion de sus constantes sacrificios, el capital, producto de sus desvelos, es el irreconciliable verdugo de sus aspiraciones y el inmutable escollo de su neutralizan todas sus esperanzas.

Ved; tras aquella risueña y pintoresca colina, á la sombra de aquellos frondosos álamos, existe hace muchos años una immodesta casita, blanca como una paloma, mansion del más puro amor conyugal y paterno, nido feliz donde el ángel de la ventura bate sus celestes alas.

Un día triste y nebuloso, en que hasta la naturaleza parece revestirse con un manto de luto y de tristeza, las puertas de aquella antes dichosa y tranquila morada giran sobre sus pesados goznes, y un joven pálido, sombrío y con la huella del dolor y la desesperacion impresa sobre su noble frente abandona, tal vez para siempre, aquel hogar que le vió nacer, aquellos bienaventurados sitios en que su niñez tranquila y dichosa se deslizara.

La patria necesita del hombre, reclama su brazo con la más bárbara de las esclavitudes, arrancando á aquel miembro más á la familia, á la sociedad y al mundo, para amordazar su conciencia, disfrazarle con la ridícula librea del despotismo y obligarle desde entonces á sofocar y suicidar en el fondo de su pecho los más nobles y espontáneos sentimientos de su alma, bajo la

inflexible é implacable mano de hierro de una ordenanza rígida y homicida que santifica el derecho del crimen, pues crimen es ese impulso que arma el brazo del hombre contra el hombre, incitándole á arrojar la esteva para empuñar el hierro homicida y asesino.

Ya aquel feliz hogar permanece desierto día tras día, año tras año; ya no resuenan los alegres cantares con que el trabajo sancionaba sus expansiones; ya no existe vida, ni movimiento, ni tranquilidad en aquel apartado asilo de la virtud, la ventura y el amor.

Un hijo, un amante y un hermano partió para siempre tal vez. ¡Ojos que le vieron ir, quién sabe si volver le verán!

Pasa el tiempo, el padre siente que sus fuerzas se debilitan, que su frente encanece y sus miembros vacilan y el hambre llama á las desvenecadas puertas de su modesto albergue: la infeliz y triste madre ni aun lágrimas siente le quedan para llorar á aquel pedazo de su corazon perdido: la amante olvida ó apenas tiene ya suficiente valor para contemplar el luto eterno de sus bellas ilusiones, la muerte terrible de los más puros y virginales encantos con que años antes se extasiaba su alma.

Un día, un hombre aparece en lo alto de la colina, el sol ya esconde sus postrimeros y sonrosados resplandores, el plañidero eco de las campanas de la cercana ermita invitan al pensamiento á la contemplacion y al recogimiento.

¡Aquel hombre viene mutilado, hambriento, envejecido; ni aun fuerzas suficientes le restan para implorar de su hermano un misero desperdicio con que remediar sus desdichas...!

[No un sér, sino toda una generacion ha muerto!

II.

¡La imagen del dolor siempre es la misma!

Venid conmigo ahora al centro confuso de aquella ciudad populosa, donde á la farsa, la hipocresia y el vicio se consagran altares, y en donde la mujer se ruboriza de las bellezas de su alma por rendir un liviano culto á las frágiles de su materia, y el hombre se ridiculiza á sí mismo cuando se lleva la mano al pecho y al través de su disfraz humano, el instinto, le recuerda que Dios le ha dado un corazon para sentir y para amar.

¿Veis á aquella misera y débil criatura de pálidas y enflaquecidas mejillas, cubierta de sucios y harapientos andrajos, con la espantosa y terrible imagen del hambre y la miseria pintada en el semblante?

Un aristócrata y blasonado carruaje pasa y le salpica de lodo el rostro: las hermosas damas que muellemente le ocupan con coquetería estudiada apartan de su vista con repugnancia y con un mohín de disgusto ó de contrariedad sus miradas, y si la humanidad les induce á satisfacer por un instante sus desgracias, le arrojan por la mano de su lacayo la moneda que tal vez la noche anterior su esposo ó su amante recogiera sobre el verde tapete de un casino.

Aquella infeliz criatura abandonada crece y se desarrolla; llora, mujer ú hombre, la falta de educacion; el

hábito de sus necesidades mal satisfechas y el instinto la van encaminando insensiblemente de precipicio en precipicio, de mal en mal, hasta sumergirla por completo en el más espantoso abismo de la degradacion y el crimen.

¡Legisladores, hombres de gobierno, maniqués de frac y guante blanco, no os enorgullezcáis de vuestras labo-
ríosidades, pues aun os falta mucho, muchísimo, que

hacer; mejor dicho, aun no habeis empezado vuestra obra!

¡Bien es que, para qué gastar inútilmente vuestra inteligencia, mientras la voz de los cañones responda obediente á vuestras enconadas protestas, y el plomo y el hierro siempre hagan inclinar á vuestro lado la espada de la ley y la balanza de la justicia!

¡Sin embargo, no olvidéis al otro día de vuestro vic-



LA PASTORA.—TIPO ARAGONÉS.

torioso triunfo que entre los palpitantes escombros humanos de aquella *chusma*, de aquella *plebe* sacrificada, que del seno de ese populacho de manos encallecidas por el trabajo y de ensangrentados ojos por el desvelo, nació JESUCRISTO, nació la ciencia, la virtud, el arte, todo cuanto fuimos, todo cuanto somos y todo lo que seremos mañana!

III.

La humanidad, el hombre es *uno*, y lo será siempre. Pero no es preciso que acudamos á la miseria y á la desgracia para comprender los esclavos.

En todas partes, en todas las esferas los hay.

Mirad á aquel acaudalado sibarita: la fortuna le son-

rió siempre en todas sus empresas: la Bolsa y la Banca fueron sus más preclaros timbres de gloria.

Jamás conoció lo que es necesidad; todos sus menores caprichos, inmediatamente satisfechos, solo pusieron al alcance de su estúpida inteligencia el hastío, el fastidio, el aburrimiento del que en nada goza por no haber sabido nunca la medida del placer por la falta de adquirir los medios de conquistarlo.

Este hombre no es feliz.

No sabe lo que es hogar doméstico, pues educado en un colegio, sus serviles y solícitos preceptores no se cuidaron de enseñarle más que el nombre de Dios en francés y el de sus padres en italiano à otro cualquier idioma, ménos en el de su verdadera patria.

No sabe lo que es amor, pues sus riquezas todos los caminos, todas las virtudes, todas las inocencias han avasallado y vencido ante la ley de sus caprichos del momento.

No sabe ni aun lo que es mundo, pues el *gran mundo* en que se desliza su estéril existencia le impide contemplar en todo su valor lo verdaderamente grande, lo verdaderamente bello.

Jamás de sus hijos recibió una prueba de ternura, ni sus sueños de ambición, nunca satisfecha, inagotable, le dejaron un solo instante de libertad para besarles en la frente.

¡No existe esclavo negro ó blanco en el universo que al medir el peso de sus cadenas pueda compararse con la que le agobia, extravía y tortura!

¡Cuántas veces desde el mirador de su majestuoso palacio habrá contemplado con lágrimas en los ojos, y exhalado un ahogado suspiro desde lo más profundo de su alma al mirar la pura, cordial y franca alegría que se dibuja en el rostro de algun pobre jornalero, que à la sombra de las verjas de su elegante jardín repara sus fuerzas, en union de la inseparable y cariñosa compañera de toda su vida, con alimento mezquino y misero, sí, pero sazonado con la más feliz y dichosa de las sonrisas, con la paz en la conciencia y con la seguridad de un alma tranquila y satisfecha!

¡Cuántas veces el acaudalado colono, el soberbio plantador habrá envidiado la suerte del infeliz siervo, que, jadeante y cubierta la negra frente de sudor copioso, bajo los ardientes rayos de aquel sol tropical canta el recuerdo de sus amores, y es feliz mientras su espíritu y su sér todo se confunde en un ósculo fraternal con el mundo ideal del pensamiento y las poéticas regiones de la fantasía!

Lo hemos dicho y lo repetimos: en todas partes y en todas las clases hay esclavos.

¡Desdichados esclavos negros!

¡Pobres esclavos blancos!

ÁNGEL GAMAYO.

CREDO.

Limpia está, ciudadano, mi conciencia,
Limpio mi corazón;
Españoles, oid de mi creencia
La sincera expresion.

Yo quiero que reine
La paz en la tierra,
Que acabe la guerra,
del mundo baldon.

Yo quiero en el alma
Con ansia prolija,
Que al hombre dirija
La sabia razon.

Yo le quiero imponer
Silencio al opresor;
Y ahí teneis el por qué
Republicano soy.

—
Ha tiempo que el débil las cadenas
Sufre de la opresion,

Y el fuerte despiadado, de sus penas
No tiene compasion.

Por eso yo quiero
Con ansia ferviente,
Que el misero intente
Su emancipacion.

Por eso mi idea
Ver quiero cumplida,
Y en norma erigida
De toda nacion.

Yo le quiero imponer
Silencio al opresor;
Y ahí teneis el por qué
Republicano soy.

—
Si Dios pensara al misero oprimido
Por fin dar proteccion,
Le daria este santo y bendecido
Credo de redencion.

Por eso con ansia
Mi pecho desea,
Que triunfe una idea
De tal condicion.

Por eso yo quiero
Que el pueblo la aclame,
Y España proclame
la federacion.

Yo le quiero imponer
Silencio al opresor;
Y ahí teneis el por qué
Republicano soy.

CONSTANTINO LOMBART.

APUNTES HISTÓRICOS

SOBRE LAS SIETE PARTIDAS DE DON ALFONSO EL SABIO.

—
El Derecho romano, propagado de un modo prodigioso por las regiones de Italia, especialmente desde que los habitantes de sus pueblos obtuvieron el *derecho de ciudadanía*, se extendió à todas las provincias del antiguo y poderoso imperio à impulsos de la Constitución de Caracalla.

Durante la dominacion goda, el Derecho romano, à la par que las costumbres germánicas, prevalecen en nuestro país. Desde el nacimiento del sistema foral hasta el reinado de D. Alfonso el Sabio, los fueros municipales son admitidos como regla general de accion en los pueblos y comarcas. Llegada despues la época de D. Alfonso, y los códigos que en su tiempo se redactaron cambian pro-

funda y esencialmente el aspecto de nuestra legislación, y el espíritu del derecho romano aparece nuevamente en las leyes, en los tribunales y en las escuelas jurídicas...

I.

El monumento legal más importante, de trascendencia más reconocida, de autoridad ménos dudosa, de influencia más decisiva en las costumbres de nuestra patria, es sin disputa el grandioso código llamado de *Las Partidas*. Por él se han regido nuestros legisladores en el transcurso de muchos años, y los elogios de que ha sido objeto por parte de numerosos y entendidos juriscónsultos nos relevan de la tarea de ensalzarle.

Superior á cuantos se publicaron en Europa en los siglos medios, majestuoso, elegante y castizo en el lenguaje y sembrado de máximas filosóficas y políticas, es un monumento que inmortaliza el nombre de su sabio autor y que le coloca en la línea de los primeros legisladores (1).

No hay más que leer esta preciosa producción; todo su texto está salpicado de documentos morales y políticos que dan una idea tanto más favorable de su inspirador, cuanto que fué redactado en tiempos que el fanatismo y la superstición, rémoras poderosas del progreso de las naciones, dominaban desde los suntuosos palacios de los reyes hasta los miserios tugurios del plebeyo. No deja de resentirse esta obra brillante de los defectos sociales de la época; pero qué es todo al fin comparado con las innumerables perfecciones que encierra, con el rico tesoro de ciencia legislativa, moral, política y filosófica que en todo el cuerpo de la Compilación resplandece? La posteridad, en sus juicios severos pero justos, examinando analíticamente esta magnífica producción, no ha hallado frases bastantes para celebrarla, tejiendo á la vez una inmarcesible corona al sabio rey, que en medio de oposiciones constantemente avasalladoras supo prestarle su denodado aliento.

En vano trascurren los siglos; su rápida marcha no basta á borrar el recuerdo de estas leyes; fiel expresion de la justicia, que por su universalidad más parecen el patrimonio de todo el género humano que el de una sola nación. Tan encarnado se halla en su espíritu el pensamiento de la equidad natural, que su poderosa influencia se deja sentir en nuestro derecho escrito, modificando en parte según lo van exigiendo las necesidades é instituciones recientes.

En *Las Partidas* no solo se resume cuanto de sustancial contenían el Derecho civil y canónico, si que también las antiguas costumbres, dignidades y oficios especiales de nuestros reinos. Bien puede decirse de ellas lo que de las leyes de las Doce Tablas escribe Cicerón: «Se aventaja á los demás en mi sentir solo el libro de las Doce Tablas si atiendiese cualquiera al origen y fuente de las leyes, al peso de las autoridades y á la utilidad y abundancia que contiene.»

Los lunares que afean y oscurecen el cuadro de esta legislación son dispensables si se atiende á que es una obra larga y trabajosa donde por lo común la perfección es imposible. Esto no obsta para que al hablar de

este monumento legal lo hagamos con la respetuosa admiración que inspiran todas aquellas obras donde, como dice Dupin, «lo bueno excede notablemente á lo malo.»

*Ubi plura nitent in carmine, non ego paucis
offendar maculis, quas ant incuria judit,
aut humana parum cavit natura (1).*

II.

Las causas que originaron el código de *Las Siete Partidas* se encuentran claramente señaladas en el prólogo de las mismas. Allí dice el rey D. Alfonso: «E fecimos ende este libro porque nos ayudemos nos del e los otros que despues de nos viniesen conociendo las cosas e oyéndolas ciertamente; ca mucho conviene á los reyes... conocer las cosas segun son, e extremar el derecho del tuerto, e la mentira de la verdad, ca el que no supiere esto, no podrá hacer la justicia bien e cumplidamente, que es dar á cada uno lo que le conviene cumplidamente e lo que merece.»

Despues añade otras razones, entre las que se cuentan el deseo que su padre D. Fernando III le había manifestado de formar esta obra, y la idea de que sirviese de provechosa enseñanza é instruccion á sus sucesores, poniéndoles en camino de conocer la razon y la justicia.

Algunos escritores han considerado esta producción como un *libro doctrinal*, apoyándose en las propias razones indicadas en el prólogo; pero estas hipótesis nada pueden probar ante la exposicion de uno de los párrafos del mismo, que dice lo siguiente: «Et tomamos de los buenos fueros et de las buenas costumbres de Castilla e de Leon, et del derecho que fallamos que es más comunal et más provechoso por las gentes en todo el mundo, porque tenemos por bien e mandamos que se gobiernen por ellas et non por otra ley ni por otro fuero.» Otras leyes podríamos aducir en apoyo de nuestro aserto, con el que están de parecer los juriscónsultos más distinguidos; pero baste dejar sentado que D. Alfonso formó esta compilacion legal, no para que sirviese de libro de doctrina, sino para que tuviera fuerza obligatoria, como se desprende del contenido de la ley 6.ª, tit. IV, partida 3.ª, en la que se impone á los jueces la obligacion de administrar justicia con arreglo á sus decisiones: «Que los pleitos... que los libren bien e lealmente, lo mas ayna e mejor que supieren, e por las leyes de este libro, e non por otras.»

Quizás se apoyen algunos para refutar este argumento en que el Código de D. Alfonso no se promulgó hasta despues de su reinado; pero hay que tener en cuenta que representaba una legislación entonces desconocida, entresacada del Derecho Romano y de las Decretales, y por consiguiente opuesta á las prescripciones del país, mantenidas y avivadas por las exigencias de los *ricos-hombres*. Sea de esto lo que fuere, D. Alfonso es bien seguro que quiso dar á su obra el carácter de *derecho escrito* y no en manera alguna el de *libro doctrinal*.

(1) Horat. Art. pœ.

JUAN DE D. SOLER.

(Se continuará.)

(1) Laserna y Montalbán.

DESCRIPCION DE LA CUEVA DE SAN JUAN

Y ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES DE LOS PUEBLOS
MONTAÑESES.

Extiéndese á lo largo de la pintoresca cañada de Ason una áspera y nudosa cordillera, ramificación de las montañas que forman el limítrofe valle de Ruesga; por su base corren majestuosamente las cristalinas y transparentes aguas del caudaloso río de Ason, del cual son tributarios la multitud de arroyuelos que también se desprenden de las inmediatas pendientes. Próximamente, y en medio de la montaña antes mencionada, existe como incrustada al pié de un precipicio una poética y espaciosa gruta, á la cual designan los habitantes de los vecinos pueblos con el epíteto de Cueva de San Juan.

Lo fresco del ambiente que allí se respira, el sublime y grandioso aspecto que en conjunto presenta este privilegiado recinto, obligan al curioso transeúnte á detenerse siquiera por algunos momentos y fijar su atención en el hermoso panorama que le rodea.

El interior de esta gruta se halla tapizado por gruesas capas calizas de nacarados reflejos, y de su techo penden multitud de estalactitas que, ora quedan como flotantes sin llegar al suelo, ora apoyan en él su extremidad inferior, formando preciosas columnas de formas tan caprichosas y variadas, que parece haber intervenido en su construcción las manos de algún experimentado artífice.

Nuevas maravillas se muestran á la vista del estupefacto admirador si pretende averiguar lo que se oculta en los sitios más recónditos de esta enorme abertura; ya dirigiendo nuestra mirada de un modo horizontal aparecen numerosos orificios que corresponden á otros tantos túneles, los que ramificándose y confundiéndose de una manera prodigiosa dan origen á otras mucho menores, cuyas últimas divisiones se pierden en la parte más intrincada y confusa del laberinto; ora tendiendo y fijando nuestra mirada en el suelo descúbrense algunas profundas simas, que sepultarian al imprudente é incauto que temerariamente y sin prevision pretendiera indagar lo que se oculta en su fondo. Una oscuridad casi absoluta reina en esta tétrica morada, que parece ser la mansion del silencio y de la noche. Y sin embargo, se respira en este sitio un no sé qué de placer indefinible que nos embriaga y arrebató en alas del entusiasmo para descender luego y contemplar la grandiosa y sublime obra de la naturaleza. Allí donde parece que no existe soplo alguno de vida, en donde la vegetación es rudimentaria y casi nula, allí, repito, fabrican su dulce manjar las laboriosas abejas; allí la emigrante golondrina construye su admirable nido, en cuya débil habitación verá desarrollados á sus pequeños hijuelos, que dotados de los mismos instintos de sus padres, atravesarán más tarde juntos el anchuroso Océano.

Yo, pobre y débil admirador de las obras de la Naturaleza, he tenido ocasion de contemplar esta sin igual caverna, cuyas paredes descansan en sólidos cimientos, y cuya construcción envidiarían los más entendidos arquitectos; yo, repito, he observado desde ese punto la salida y puesta del sol, y sus rayos, hiriendo sus paredes

externas, eran reflejadas por estas, sufriendo otras muchas reflexiones, y aumentándose con el brillante reflejo su grandeza. ¡Qué bello espectáculo! ¡Qué cuadro tan grandioso presenta al observador la pródiga Naturaleza!

Otra circunstancia contribuye á hacer más agradable la hermosura de esta caverna, y es la cascada del río Ason, que, si tuviese mayor masa de agua, sería sin duda de las más notables de nuestro país, pues tiene una elevación de 130 varas, y su caída es vertical por unas peladas rocas, produciendo un estruendo que se deja percibir desde el lugar de la Cueva de San Juan, así como se ve en determinadas épocas del año la masa de agua que cae, produciendo variadas imágenes de diversos y múltiples colores cuando es herida por los rayos del sol. No puede ménos de admirar, al ménos al que por primera vez lo contempla, el que á la distancia de legua y media se oiga el incesante caer de las aguas de la cascada.

Acuden todos los años á este último recinto multitud de gentes á tributar homenaje y respeto al Supremo Hacedor. Una imagen con el nombre de San Juan preside estas periódicas reuniones, compuestas de personas, no diré supersticiosas é ignorantes, pero sí fanáticas respecto á sus tradiciones y costumbres religiosas. Yo he presenciado una de estas reuniones y observado sus ritos y ceremonias; en otras circunstancias hubieran indudablemente excitado mi risa las formas simbólicas que acompañan á la fiesta de San Juan, pero la fé y al parecer el profundo respeto religioso que va grabado en el semblante de estas personas serian motivo bastante para imponer silencio al más indiferente y audaz excéptico. Las tradiciones de este pueblo, y muy particularmente la que se refiere al origen de la imagen, son extravagantes y ridiculas, mas al través de su inverosimilitud se descubre el carácter que en otros tiempos distinguió á los pueblos montañeses; pueblos que en otra época infundieron respeto á la opulenta Roma, y que más tarde sembraron el pavor y la ruina en los esforzados musulmanes.

Hé aquí lo que á esta raza le queda despues de tanto valor y gloria; un recuerdo que, aunque confuso y simbólico, ha sido sin embargo transmitido sucesivamente por las pasadas generaciones á los actuales moradores de los sinuosos y pelados riscos cantábricos. Hé aquí lo que les resta de tanto brillo y esplendor: tan sólo sus trajes y tradicionales costumbres. Tal es el estado de estos pueblos, que á semejanza de los actuales habitantes de la Grecia, ignoran hasta la historia de su antigua grandeza y del brillo de sus antepasados. Tal es el estado miserable é inconsciente en que se ven sumidos, merced á la sultánica protección que les ha sido suministrada por despóticos poderes, por abusivas autoridades.

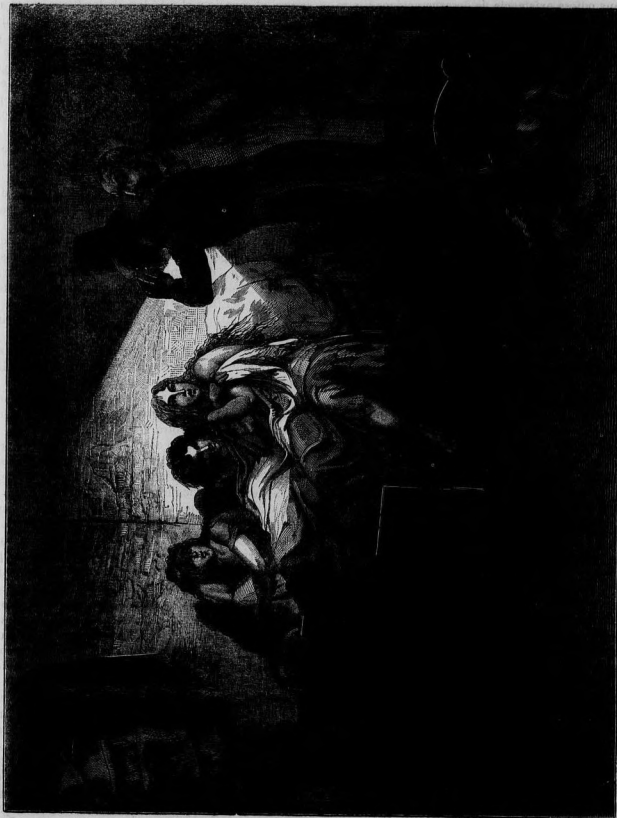
Su desgracia toca á último extremo; hermanos en sentimientos é ideas de los modernos polacos, se complacen y gozan en lamier el yugo de los tiranos. No saben que sus mayores, proclamando la santa libertad, opusieron sus valientes pechos á las aceradas uñas de las águilas romanas. Ignoran que el valiente cuanto fanático agareno huyó despavorido de estos valles y fragosidades, antigua patria de los verdaderos españoles.

Tales son los cambios de la humanidad, cambios que, como oportunamente ha dicho un orador de nuestros días, se parecen á las trasformaciones y cambios geológicos. La aparicion de una nueva isla en el Océano, producida por la sucesiva agregacion de sustancias minerales, no es obra de un día ni de un año, sino de muchos siglos; y las montañas no abren su seno vomitando fuego sin ser precedidas de tumultuosos y enor-

mes ruidos subterráneos. Tal acontece con las metamorfosis de las nacionalidades. La miseria, mala administracion y el vasallaje son los precursores necesarios de las erupciones sociales, de la revolucion.

Arredondo, Junio de 1872.

José A. GARCÍA.



LOS ANDRAJOSOS DE LONDRES.—LAS ABANDONADAS.

· LAS MONARQUIAS DE DERECHO DIVINO.

I. La revolución social, la revolución

¡Qué triste, qué dolorosa, qué terrible es la época en que existieron las sacrílegas monarquías de derecho divino! ¡Cuántas lágrimas derramadas en aquellos días de despiadada y horrible tiranía; cuántos gemidos, cuántos lamentos; cuántos esclavos arrastrando difícilmente una odiosa existencia de desesperaciones y agonías, de cruentos dolores, de trabajos insufribles!

Las monarquías sagradas, ese tremendo sarcasmo arrojado al rostro de los pueblos; esa sangrienta burla hecha á las conciencias; esa impía blasfemia lanzada á Dios; esa terrible apoteosis de la tiranía y la opresión; las monarquías sagradas, repito, tienen escrita su historia con sangre y sus páginas son otros tantos borrones que manchan á la humanidad.

¿Quién las lee sin estremecerse? Nadie. Si una roca tuviera inteligencia y pudiera leerlas, temblaría horro-
rizada.

Porque es muy horrible la época en que imperaron las monarquías sagradas.

Porque en esa época, cuando en medio del espanto de las conciencias y el terror de todos se levanta amenazador ese *mónstruo* que se llama monarquía de derecho divino, comienza la decadencia de los pueblos, su miseria y esclavitud, su envilecimiento y martirio, sus días de maldición y sus noches de infierno.

También entonces principia la debilidad de nuestra patria, antes tan grandiosa y prepotente, tan temida y codiciada; comienza para la valerosa España una era de trastornos, aflicciones, pobreza, calamidades y humillaciones que enristrecen el ánimo.

La conciencia se subleva indignada cuando contempla sus leyes holladas, usurpadas sus franquicias, asesinadas sus libertades, arrebatados sus fueros y escarnecida su dignidad; cuando se la ve agotada sus fuerzas, enervado su espíritu, insultada y dominada por el extranjero, desprestigiada, envilecida, aniquilada, como exiguo resto del pasado, como imperceptible sombra de aquellos tiempos en que, altiva, valerosa y respetada, tremolaba en los confines del globo sus pendones victoriosos, adorados como la santa enseña del mundo cristiano, respetados como el fuerte escudo de la Europa guerrera y temidos de todos, desde los poderosos hasta los humildes, desde los grandes hasta los pequeños.

Una larga noche de esclavitud tuvo lugar en España, desde que, alejada para siempre la nobleza de las Cortes, falseando las instituciones y olvidando la tradición, rasgadas las libertades de Castilla con la derrota de los comuneros en los campos de Villalar, y destruidos los fueros de Aragón por la criminal mano de Felipe II, empezaron a brotar alrededor de los reyes absolutos, como fúnebre y siniestro cortejo, la injusticia, la crueldad, la demoralización y el desorden, base y norma de todos sus actos.

Dispersas las antiguas y heroicas milicias; disueltos los históricos Concejos de la Edad media, donde resonaba la sagrada voz del pueblo haciendo valer sus pre-

tensiones, y el grito del eco de la tradicional *campesana del común*, sonora lengua que se dejaba oír de todos y pregonaba los derechos de los ciudadanos, encendiéndoles el corazon en amor pátrio y apercibiéndoles a participar de la vida material y moral de los pueblos, era lógico que tenía que desarrollarse con un vigor y rigor ilimitados el despotismo y la tiranía en un gobierno que era árbitro y dueño de la vida y hacienda de sus gobernados; porque no encontraba trabas ni dificultades que entorpeciesen su accion, ni podía limitarla la voz, el consejo y el mandato de las Cortes; ni el municipio oponerla su influencia material y moral; ni las milicias de las ciudades resistir con las armas las violencias de los que, insensatos ó ciegos, desoían la voz de la justicia y la equidad, é imponían el pesado yugo de su voluntad á la soberana voluntad de un pueblo, que poco á poco sacudía la iníca coyunda de la opresion, conquistándose libertades y creándose derechos.

A las criminales monarquías de derecho divino siguió, como efecto inmediato, la más cruda tiranía; y los *vingados* del Señor, disponiendo hasta de la conciencia de sus vasallos, decretaron la afrenta, el asesinato, la deshonra, la venganza; se creyeron con el ilegítimo derecho de oprimir y empobrecer a los pueblos; autorizaron en ellos mismos la blasfemia y la impiedad, y fieras coronadas devoraron al pueblo y se ensañaron en la persecución; el despojo y hasta el aniquilamiento de las familias: tiempos de criminal intolerancia, en los que solo imperó su voluntad y su capricho; el terror lo fué todo, toda la ley del fuerte, nada la razón, la justicia, el derecho del débil, los lamentos del oprimido, las lágrimas del esclavo.

El *pro me reges regnat* de aquellos reyes, autorizado por la infame y perniciosa propaganda jesuítica, llegó a ser como un dogma de fé; y desde entonces, el *vox populi, vox Dei*, fué una horrenda blasfemia que se castigó con sangre y fuego en esta vida y con la *condenacion eterna* en la otra.

Las quejas al pueblo constituían un delito enormísimo; nada se podía decir. Aquellos semidioses no tenían que dar cuenta a nadie ni aun de sus crímenes; solo el cielo podía juzgarlos. Además, el vasallo era para aquellos monstruos un vil esclavo; y ¿cómo el esclavo ha de pedir cuenta al señor de sus acciones? El esclavo no es persona, no es más que *una cosa*, un explotable instrumento que se explota, y que una vez explotado se desecha ó se destruye; y de esta suerte consideraban los reyes absolutos a sus vasallos.

¡Ah! ¡Dolorosa condicion la de aquellos desheredados!

Y sin embargo, aunque parece imposible, todavía vemos el infeliz esclavo, con los ojos inyectados en sangre rodeados de abrasadoras lágrimas, pero con la sonrisa de la mansedumbre en los labios, adulando, victoreando, sirviendo al rey su señor, arastrándose a sus pies, sin que su conciencia se turbe, la sangre se le encienda, y con la cólera en el pecho y la indignación en el alma eche mano a su puñal y le envaine en el corazón del feroz chacal que le explota o destruye.

Pero los reyes de derecho divino habian sabido hacerse invulnerables, sagrados é inviolables, rodeándose de una aureola divina, santa, mística, que los protegía, elevándolos sobre los demás hombres, haciéndolos de

una condicion superior, casi celeste, que les creaba otra vida, otra atmósfera, otro aire, otra luz. Se hacían ver, admirar y reverenciar como los escogidos de Dios, como sus representantes para regir los destinos de las naciones, y de esta suerte, el pueblo, que estaba sumergido en la más crasa ignorancia y envuelto astutamente en una estúpida y fatal creencia, sin conciencia, fanatizado, supersticioso, domoñado, amenazado constantemente con el castigo del cielo, y aterrorizado con los espectáculos de muerte y los tormentos que incesantemente se ofrecían á sus espantados ojos, no se atrevía, no solo á atentar contra la vida de sus tiranos, ni aun siquiera á pensar mal de sus atrocidades; que solo así se concibe la existencia de aquellos monstruos, abortados en los días en que empezaban á acariciar al pueblo las áuroras de nuevas y benéficas libertades, luego que, ya cansado de una prolongada vida de sufrimientos infinitos y de penosa servidumbre, había visto delirante de alegría lejos de sí las cadenas del señor feudal, rotas en la hora desesperada de sus postrimerias.

Nunca, nunca como desde el entronizamiento de las monarquías sagradas sufrió tanto el pobre pueblo como entonces, nunca arrastró una existencia más penosa. El desierto, la arbitrariedad, el monopolio, la inmoralidad y la injusticia se disputaron su maléfica influencia en las monarquías religiosas; el despotismo, la traición, la alevosía, el libertinaje, la prostitución y la soberbia se enseñorearon en el deformo corazón de sus reyes; y tanta fué su audacia y tan grande el menosprecio que hicieron de las instituciones, que, como los de la casa de Austria, llegaron hasta el extremo de ceder ciudades y territorios, cual si fueran de herencia propia y exclusivo patrimonio.

(Se continuará.)

REMIGIO VEGA ARMENTERO.

PUBLICACIONES.

LOS PEQUEÑOS POEMAS, por D. Ramon de Campoamor.—Administrador, D. Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72. precio, dos pesetas.

Con verdadera satisfacción, subyugado el espíritu y encantado el ánimo por la riqueza de las imágenes, por la descripción de los caracteres, por la elevación de los pensamientos, y más que todo por el dulcísimo ambiente que de ellos emana, tomamos la pluma para ocuparnos de *Los pequeños poemas*, última obra del eminente literato D. Ramon de Campoamor.

¡Campoamor! ¡Qué español no pronuncia con orgullo este nombre, que simboliza una verdadera gloria nacional! ¡Quién no recuerda con entusiasmo al ilustrado autor de las *Doloras*, de esas tiernísimas composiciones que le deben su nombre, su popularidad y su encanto!

El Sr. Campoamor, modesto en demasía, ha bautizado su última obra con el sencillo nombre de *Pequeños poemas*, cuando real y verdaderamente merecían ostentar el honroso título de los *Grandes poemas*.

Los pequeños poemas no son, á nuestros ojos, un libro, sino cuatro libros, á cual más bellos, morales y encantadores, ó por mejor decir, un curso completo de li-

teratura, así por la variedad de los tonos, como de los asuntos y de su desarrollo.

Los pequeños poemas están formados por cuatro poemas que llevan por título: *El tren expreso*, *La novia y el nido*, *Los grandes problemas* y *Duices cadenas*.

Un ilustre escritor ha dicho:

«Existen dos clases de poesía, una de contorno, de figura, de imagen, de dibujo; otra de pensamiento, de espíritu, de conciencia, de fondo; la poesía de figura es brillante, provocadora, casi sensual; es el arte griego, Vénus; la poesía de espíritu es grave, severa, imponente majestuosa, bella y sabia á la vez, tierna y sublime al mismo tiempo; es el arte cristiano, María. Dicho en menos términos: la poesía de imagen arranca sus secretos á la forma; la poesía de conciencia arranca sus secretos á Dios, á la naturaleza y al hombre.»

Ahora bien, ¿á cuál de ellas pertenece el último libro del Sr. Campoamor? A las dos, respondemos nosotros sin vacilar.

Si con la poesía de dibujo ha imitado el Sr. Campoamor la descripción de las flores, de los campos, de los mares y de los cielos en *El tren expreso*, con la poesía de conciencia ha arrancado sus secretos á Dios, á la naturaleza y al hombre en *Los grandes problemas*.

Los pequeños poemas nos parecen más bien que un libro un quejido doloroso, un grito sublime, una lágrima sagrada; porquise *El tren expreso* es un verdadero drama, *Los grandes problemas* es una triste y desgarradora historia que toda mujer debe grabar en su mente para recuerdo y enseñanza.

Recomendar la lectura de este precioso libro, que representa largas y tristes veladas, días eternos, horas inmensas dedicadas á la observación y al estudio, nos parecería una grave injuria al ilustrado público, mucho más cuando la primera y numerosa edición se ha agotado en poquísimos días.

La falta de tiempo y espacio nos impide ocuparnos de tan bello libro con el detenimiento que merece, pero aún así debemos y queremos consignar aquí nuestra admiración á su ilustrado autor y el placer que su lectura nos ha proporcionado.

Obras como *Los pequeños poemas* se sienten, pero no se definen; escritores como el Sr. Campoamor no se critican, se admiran.

EL AUDAZ (historia de un radical de antaño), por D. Benito Pérez Galdós.—Imprenta de Noguera, Bordadores, 7.—Precio, 12 rs. en Madrid y 14 en provincias.

El Audaz es una bellísima novela digna de la justa y merecida reputación literaria del Sr. Pérez Galdós.

En sus páginas, tan correctas y delicadamente escritas como profundamente pensadas, se encuentra perfectamente retratada la hipócrita sociedad del siglo pasado y principios del presente.

Aquella sociedad *equivoca*, mezcla extraña de fanatismo y ambición, de hipocresía y escándalo, de liberalismo y superstición, de heroísmo é impudencia.

Entre sus bellos é interesantes capítulos, merece especial mención el que lleva por título *El baile de cándil*, escrito con un aticismo y un encanto tal, que involuntariamente nos ha hecho recordar las famosas *Escenas matrimoniales* del ilustrado Sr. Mesonero Romanos.

Aquellas manolas y aquellos petimetres parecen ar-
rancados de un tapiz de Goya ó descritos por la pluma
del famoso D. Ramon de la Cruz.

¿Qué diremos del capítulo *El espíritu revolucionario*

del padre Corchon? ¿Qué de aquel radical y aquel inqu-
sidor que escribe obras sobre la devocion de San José y
capítulos en que pretende explicar *Por qué el señor San*
José es el abogado de los celos?



VISTA DE MÁLAGA

Al leer la obra se comprende que los elogios que la
prensa toda le ha dedicado son tan justos como mereci-
dos, y nosotros aprovechamos con gusto esta ocasión de
enviar al Sr. Galdós el justo tributo de nuestra admira-

cion, y llamar la atención de los verdaderos amantes de
la literatura sobre una obra que bastaría por sí sola á
conquistar una reputacion, si el Sr. Perez Galdós no la
tuviera y grande en el campo de las letras.

Con el título de *España industrial contemporánea*, (obra dedicada al trabajo) han comenzado a publicar los acreditados editores Sres. Elizalde y Llano, calle Mayor, número 106, una obra de tan reconocida importancia como grandísima utilidad.

Para que nuestros lectores comprendan la verdad de cuanto decimos, vamos a transcribir el párrafo más importante de las bases de la publicación:

«Para la mejor inteligencia de nuestros lectores y hacer una reseña de las producciones naturales de cada provincia, sus ríos, aguas termales, comunicaciones, precios de trasportes y primeras materias, industrias que han desaparecido, edificios industriales abandonados, especulaciones de mayor porvenir, etc., etc., dividiremos la obra en secciones por provincias, describiendo los establecimientos fabriles de mas importancia, las manufacturas, artículos que producen y sus precios, los operarios que sostienen, el punto en que se consumen los productos y las dificultades con que luchan para sostener ventajosamente la competencia con otras industrias análogas, nacionales ó extranjeras. Los artículos en que describamos cada establecimiento irán ilustrados con profusión de viñetas intercaladas en el texto, representando los edificios, artefactos, máquinas, instrumentos y productos, completando las monografías de cada uno con las biografías y retratos de los industriales, agricultores, comerciantes y trabajadores de más nombradía é importancia...»

Por esta breve reseña comprenderán nuestros lectores que esta obra, nueva en España, está destinada á llamar la atención, no solo de los industriales, fabricantes y obreros, sino de los municipios todos, que deben ayudar á su publicación, dotando con ejemplares de esta obra, que podremos llamar verdaderamente nacional, las bibliotecas populares y los archivos de los ayuntamientos que, al tener necesidad de contratar un servicio cualquiera ó adquirir determinados artefactos, poseyendo la *España industrial contemporánea*, podrán encontrar dentro del país lo que quizás habrían de buscar fuera á costa de grandes desembolsos.

La obra se publica por cuadernos de 32 páginas en folio, á dos columnas, ó sean cuatro entregas de ocho páginas al precio de un real en España y dos en Ultramar y extranjero, regalándose en cada cuaderno una magnífica lámina litografiada á dos tintas.

Vamos á terminar.

Obras como la *España industrial contemporánea* merecen el apoyo de todos aquellos que aman sinceramente el progreso y la cultura de su patria.

Lisso.

LOS ANDRAJOSOS DE LONDRES.

Vistas tomadas á la luz del gas.

De estos curiosos é interesantísimos artículos transcribimos los párrafos más importantes acerca del grabado que con el título *Las Abandonadas* publicamos en la página 253.

«Al fin se abre la puerta: los *Constables* sacan todos á la vez sus linternas, y nosotros, incitados por no sé qué inquieta curiosidad, invadimos la estancia... ¡Qué miserias, Dios mío! ¡Es posible que existan criaturas hasta tal punto abandonadas! En las ventanas no había puertas ni cristales, y en su lugar colgaban sucios

mantones á guisa de cortinas, que habían debido cubrir innumerables hombros y ventanas, pañuelos de día y cortinas de noche. En la cama, sobre un pobre jergón y bajo una mala colcha, vimos tres mujeres jóvenes apiladas; tres muchachas de unos diez y seis años, paridas, ya ajadas por la miseria y por el hambre. ¡Cuán horroroso debe ser el invierno para esas desgraciadas criaturas! ¿Cómo pueden sufrir el frío de la noche en la estación de las escarchas?

Mr. Price hizo algunas preguntas á las pobres mendigas, y descubrieron sus cabezas hasta entonces ocultas, no entre la colcha, que no era para esto bastante grande, sino entre sus manos. Despues, sentándose sobre la cama, juntaron pidiamente sus brazos sobre el pecho, y por fin levantaron hacia nosotros los ojos llenos de dulzura.

—¿Cómo os llamais, señorita? preguntó el inspector con esa política reservada que en toda circunstancia observan los ingleses con la mujer.

—Yo, Mary; mis compañeras Betzy y Jenny, respondió la más desgraciada de las tres.

—¿Qué edad tenéis?

—Diez y seis y diez y siete años.

—¿Viven aun vuestros padres?

—No los hemos conocido nunca.

—¿Por qué no trabajáis?

—¡El mes pasado aun teníamos labor; pero desde que se ha paralizado la venta, ya no nos dan, aunque hemos buscado trabajo en muchas partes.

—¿Dónde trabajabais?

—En un taller de costurera.

—¿Y ahora qué hacéis?

A esta pregunta siguió un momento de silencio que nos hizo mal. Las pobrecillas pedían limosna, buscaban entre la basura de las calles trapos ó alguna cosa semejante que vender... y á veces que comer; y de noche, por la módica cantidad de un penique (tres cuartos y medio), venían las tres á este inhumano dormitorio á reposar sobre un mal tablado, casi á merced de los ladrones y de los vagabundos de la peor especie. Nos retiramos contristados dejando algunas monedas á aquellas infelices, que nos dieron las gracias con los ojos inundados de llanto.

J. A. A.

MÁLAGA.

Ciudad, capital de provincia, comandancia general, obispado, plaza de armas y gobierno político.

Situada en la costa del Mediterráneo, en el seno del golfo marítimo de su nombre y centro de una ensenada, cuenta con una deliciosa vega de más de cuatro leguas de extensión, hermoseada por viñedos, olivares, almendros y toda clase de ágricos y de ricos frutales.

Cuenta esta ciudad con 94.289 habitantes, y merecen citarse su catedral, magnífico edificio, pero sin concluir, con una torre de 116 varas castellanas de alta, que compete con la famosa *Giralda*; los tres hospitales, la casa de expósitos, el seminario, el colegio de náutica, el gran acueducto, sus hermosos teatros, la aduana y el palacio episcopal.

En su puerto se embarcan los ricos frutos de esta provincia y de las de Córdoba, Jaén y Granada, y por su proximidad al *Estrecho* sirve de refugio á los buques para librarse de los temporales.

Es magnífico su final giratorio, construido en la parte del muelle viejo por el ingeniero de marina D. Juan María Peri, y el paseo de la *Alameda*, cerca del puerto, entre los más elegantes edificios, y adornado con fuentes, estatuas y canchales de piedra mármol.

En sus alrededores se encuentran preciosos jardines, huertas, casas de recreo y haciendas; las ruinas del antiguo castillo de *Gibraltar*, que comunica con la *Alcazaba*, que es otro fuerte más bajo. Al O. hay un gran puente y acueducto sin terminar, hecho para paso del río *Guadalupe*, y conducción á la ciudad por el acueducto de *Churruina*, distante una legua de las famosas aguas de la sierra de Miras.



REVISTA GENERAL.

La anunciada circular del *solitario* de Tablada apareció por fin, y francamente hablando, nos ha parecido fría, contradictoria, temerosa y extremadamente larga, puesto que con recordar á los gobernadores, como en el párrafo primero lo hace el señor ministro, su discurso-programa del 24 de Julio y su circular del 4 de Agosto último, era más que suficiente.

Pero el Sr. Zorrilla, ¡vanidad de vanidades! ha querido lanzar al campo de la política ese *Memorandum*, ese justo manuecho, que no otra cosa parece su decantada y famosa circular.

Después de no decidir nada concreto ni sobre la *abolición de quintas*, ni sobre el *armamento general*, ni sobre el *Jurado*, cuestiones todas ellas las más graves é importantes que en la circular aparecen, y sobre las cuales pasa el Sr. Zorrilla como sobre *ascuas*, según vulgarmente se dice, pasa el señor ministro á ocuparse de las clases conservadoras, á las cuales llena de *pirpos y mimos*; consigna luego la grave situación de la Hacienda, y dice que:

«Mientras el concurso del Parlamento no permita realizar su programa, continuará rigiendo los presupuestos vigentes con arreglo á la ley de contabilidad.»

Esto no es otra cosa, hablando en plata, que una dictadura económica, con violación flagrante y manifiesta del art. 15 de la Constitución.

Al tratar de las cuestiones de Ultramar, no aparece más resolución decidida la circular, pues en un mismo párrafo y en revuelta y extraña confusión aparece la *integridad del territorio*, frase nueva y campanuda, muy de moda en estos felices tiempos, junto á las reformas que la Constitución promete.

Trata luego de las *Asociaciones*, queriendo establecer la diferencia que existe entre las *lícitas* y las *ilícitas*, entre las *honestas* y las *deshonestas*. Pero señor ministro, ¿quién ha tratado aquí de plantear ni sostener *Asociaciones deshonestas*? ¿Quién, si no el Estado; quién sino el gobierno que preside el Sr. Zorrilla, que es *tutor* por su soberana voluntad de esas desdichadas mujeres que se ven precisadas á comerciar con su cuerpo y sobre las cuales tiene el gobierno su *protectora* vara, escribiéndolas un reglamento, explotándolas de la manera más inmoral y cruel, y convirtiendo al Estado en *tutor* y *curador* de bienes que no son suyos?

¡Ah, calumniada *Commune* de París! Tú que decretabas la libertad de la prostitución, levanta la cabeza y di á estos gobiernos hipócritas, doctrinarios é inmorales, que ellos son los únicos que sostienen, amparan y explotan á *Asociaciones deshonestas*, arrastrando su alta investidura por entre el fango y las miserias de la prostitución.

¿Y para qué tanto hablar de las *Asociaciones deshonestas* en la ya famosa circular? Para encubrir el miedo, el temor, la cobardía, llamamos á las cosas por su verdadero nombre, con que ven crecer, aumentar y desarrollarse *La Internacional*, esperanza del pueblo obrero, faro luminoso que guía al proletariado por el camino de su ya cercana y completa emancipación.

Vamos á terminar ocupándonos del párrafo para nosotros más importante del *Memorandum-Zorrilla*:

«Lo que no ha de tolerar el gobierno, lo que encargará V. S. que repriman por cuantos medios ponen á su disposición las leyes, es todo propósito, todo intento, directamente y por hecho concreto manifestado, que se dirija á destruir las instituciones existentes...»

Trasladamos el párrafo anterior á los radicales, y esperamos que los gobernadores no dejarán pasar sin castigo á los *volubles antidinásticos*, que en *hecho concreto* y públicamente manifestado se declararon en contra de D. Amadeo, arrojaron su retrato al lugar más *excusado*, publicaron contra las instituciones existentes

artículos violentísimos, y CONSPIRARON CON LOS REPUBLICANOS para arrojarse de España todo lo existente.

En cuanto á nosotros, demasiado nos conoce el Sr. Zorrilla, y harlo sabe que mientras nos quede un soplo de vida predicaremos las ideas salvadoras del credo republicano federal socialista; que mientras escribié nuestra mano, y nuestra mente piense, y nuestro corazón sienta, combatiéremos la inicuca tiranía é inmoral monarquía, y á todos sus esbirros, sostenedores y espías; y que mientras nos quede fuerza en el brazo agitémos sin cesar, sin temores, sin dudas, sin consideraciones y mucho menos sin miedo la campana revolucionaria, esa campana salvadora que llama á los pueblos latinos á la conquista de sus derechos y sus libertades.

En contestación á la Circular-Zorrilla y firmes en su propósito, las mayorías de ambas Cámaras se han reunido y firmado una importante declaración de las mayorías del Senado y del Congreso. Este documento, eminentemente práctico, entraña una gravedad tal, que no vacilamos en asegurar la próxima retirada de los radicales.

He aquí sus párrafos más notables, y sobre los cuales llamamos toda la atención de nuestros lectores: «En 1.º de Julio quedarán infringidos TODOS los artículos constitucionales que se refieren á la imposición y cobranza de las contribuciones.

«El gobierno, en cuanto concierne á la Hacienda, ejercerá una INJUSTIFICADA DICTADURA, sobreponiéndose al texto expreso de la Constitución y de las leyes.»

«Que el gobierno ha vulnerado los fueros del Parlamento y se ha erigido INNecesariamente en poder arbitrario, incurriendo, por lo tanto, en una GRAVÍSIMA y NOTORIA RESPONSABILIDAD, exigible por los medios que establezcan las leyes.

«Que se publique este acuerdo para que, si llega el caso de que los consejeros de la Corona inclinen el ánimo de S. M. á la disolución de unas Cortes que, sobreponiéndose á toda pasión política, únicamente demandan el cumplimiento de las prescripciones legislativas, pueda la nación juzgar á cada uno por sus obras, y presenciar el espectáculo NUEVO en nuestra historia de una oposición que ofrece todos los acomodamientos de la prudencia, y de un gobierno que VOLUNTARIAMENTE SE LANZA Á TODAS LAS ADVENTURAS DE LA ARBITRARIEDAD.»

Nos parece que si la lucha se entabla, y las mayorías, inspirándose en el célebre Parlamento de Inglaterra en su lucha contra Carlos I, se lanzan á una situación de fuerza, el triunfo es suyo, puesto que hoy el verdaderamente *fascioso* es el gobierno, que, convirtiéndose de antidinástico en dinástico, al pasar de la oposición al poder, al romper sus sagrados compromisos revolucionarios, al cambiar la estatua de la libertad por la del presupuesto, ha ejercido el acto más inícuo, más inmoral y más escandaloso que jamás ejerció gobierno alguno.

Se dice por algunos periódicos que las recomendaciones de Castelar para obtener destinos *menudean* en los ministerios, y que los recomendados son republicanos.

Nosotros protestamos con toda la energía de que somos capaces contra tanta indignidad y tanta infamia; que esos *peridicos* las notas de Castelar y los nombres de equos mal llamados republicanos, para que sepa el partido quiénes son y dónde están sus leales y verdaderos amigos. ¡Luz, mucha luz, y hasta de *far-sa*, de *sensatez* y de *tiñis/los*!

En la función extraordinaria verificada el domingo en el *Salon Eslava*, el Sr. Zamacois alcanzó un verdadero triunfo en el monólogo *Curro Cuchares*, como igualmente el Sr. Mariscal en *El padre de la criatura*, y la simpática bailarina Marcelina Perez, que mereció los más grandes aplausos en el precioso baile *La Macarena*, sobre todo en los *Panaderos*, cuya repetición pedía el público con verdadera insistencia.

Los conciertos de la *Sociedad de profesores* llevan una escogida y extraordinaria concurrencia á los jardines de San Juan, mientras que en el Circo de Price la preciosa pantomima mágico-infantil *Cinderela* atrae un público numeroso.

Lliso.

Editores propietarios, J. CASTRO Y COMPAÑIA.

Madrid: 1872.—Imp. de R. LABAJOS, calle de la Cabeza, 27.